



ORACION

QUE PARA LAS HONRAS FÚNEBRES

DEL

MAESTRO FR. LUIS DE LEON

CELEBRADAS EL DÍA 28 DE ABRIL DE 1869,

CON MOTIVO DE LA ESTÁTUA QUE SE LE ERIGIÓ EN SALAMANCA,

COMPUSO EL

P. FR. MIGUEL COLL

y fué leída desde la cátedra de la

Santa Basilica Catedral.

SALAMANCA:

IMPRESA DE OLIVA Y HERMANO.

1869.

61329054x

ORACION

MAESTRO P. F. DE LIZON

P. FR. MIGUEL GONZ.

SALAMANCA

EXPRENTA DE DON Y. DE...

1800



Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum

(*Ex libro sapientiae, cap. 6. v. 26.*)

La multitud de sábios es la salud del Universo.

Cuando una voz que se siente en el fondo de nuestro espíritu, y que tiene un atractivo dulce y suave, pero irresistible, hace venir á este sagrado recinto una porcion muy notable de los hombres mas sábios y de mas acrisolada virtud que posee todavia nuestra España; tengo para mí, que la Divina Providencia se digna llamar nuestra atencion, para que estudiemos sériamente algunas de aquellas verdades que tan á menudo se olvidan, aunque interesan en gran manera á la felicidad del género humano. En un siglo en que tanto se abusa de los dones que hemos recibido de Dios; en un siglo que ya no oculta su designio de ahogar las puras y nobles aspiraciones de la inteligencia y el corazon; en un siglo que vende ó trueca por nada, ó bien esteriliza cubriéndola de escombros, la rica y hermosa herencia que nos dejaron nuestros padres; la infinita Misericordia nos hace parar de repente en la carrera de nuestros desatinos, para que echemos una mirada retrospectiva á otros tiempos y á otros hombres, cuya enseñanza y ejemplos, si hubiéramos sabido imitar, mejores fuéramos sin duda y la patria mas feliz.

Y hay que advertir, Señores, una cosa muy singular en este punto. Aun los mas entusiastas aduladores del actual progreso, movidos por un secreto impulso que triunfa de todas las preocupaciones, dirigen esta mirada y rinden los homenajes de admiracion y respeto á aquella época de nuestras grandezas y nuestras glorias, en que la España albergaba en su seno mayor número de santos y sábios, que abriga tal vez hoy dia el Universo entero. Así vemos hoy mismo, que lo mas escogido de nuestra nacion y de muchas otras tambien; los hombres todos en quienes no se ha apagado la antorcha de la inteligencia; hombres educados bajo diversos principios y de máximas é ideas muy divergentes, tal vez sin querer, y sin darse razon de ese impulso superior que á todos les mueve, proclaman de consuno aquella verdad que nos reveló el Espíritu Santo por uno de sus profetas: la multitud de verdaderos sábios es la salud del Universo. Y al proclamarla, tienen que reconocer igualmente, que en el período mas brillante de nuestra historia, fué la España grande, próspera y gloriosa, árbitra y señora de las naciones; porque contaba entre sus hijos un número muy crecido de verdaderos filósofos, amantes de la sabiduría de Dios. En las corporaciones eclesiásticas y religiosas, en las Universidades y Colegios, en la milicia y en la magistratura, en la nobleza y en la clase media brillaba una estrella que á todos les conducia á buscar con noble aliento aquella sabiduría inseparable de la virtud, tan útil y aun necesaria para el bien de cada ciudadano, como para dirigir los destinos de la patria.

Y si la adorable Providencia se dignó favorecernos con tantos héroes, cuyas almas parecen esmaltadas

con todos los dones del Espiritu Santo ¿qué idea deberíamos formar de aquel grande hombre al par que humilde religioso á quien profesan una especie de veneracion gran número de sábios, y aun muchos le colocan en primer término en el cuadro de nuestras glorias? Esta demostracion nacional y religiosa, y ese monumento que levanta la piedad y la gratitud, nos recuerda al venerable padre maestro Fr. Luis de Leon, honra de nuestra España, en particular de esta insigne, sabia y piadosa Ciudad, y mas particular todavia de la familia del glorioso padre San Agustin. Durante un período, muy breve sí para los que desean la felicidad que permanece, pero bastante dilatado para estudiarlo despacio, el carácter y las tendencias de los hijos de la España fueron un vivo anhelo para todo lo grande, sólido y bello: la sabiduría, la erudicion, la virtud, la vida y el amor á la patria. Fr. Luis de Leon es una de las figuras mas interesantes que se divisan en este cuadro: sabio al estilo de los santos, excelente obrero de la viña del Señor, poderoso en obras y palabras; emprende, prosigue y termina su carrera, sin jamás desviarse de su objeto, que no es otro que la gloria de Dios, la pureza de la religion y el honor y la felicidad de su querida España. Al fijar la vista en este hermoso y ameno paisaje, y al ver como acompaña á nuestro héroe tan gran número de varones insignes, émulos é imitadores de su ciencia y virtud; al fin, rindiendo homenaje á la verdad, repetirémos con el Profeta: la multitud de sábios es la salud del Universo.

I.

Hasta hoy día no ha podido fijarse de un modo seguro é incontestable, en qué ciudad ó pueblo respiró el aire por primera vez el venerable padre Fr. Luis de Leon; ni tampoco es este el lugar oportuno para emitir nuestro juicio sobre un punto en que no están acordes los críticos mas distinguidos. Bástanos saber que su pátria es la España: que sus padres fueron nobles, honrados, leales y católicos muy fervorosos: que contaba entre sus abuelos al famoso Ponce de Leon, tan célebre en nuestras historias por sus hazañas contra los moros de Andalucía; y que en fin, siguiendo la línea de sus progenitores, les hallarémós á todos de pura sangre española, y tambien de religion pura hasta una época desconocida. Antes que saliera de la infancia, le hallarémós con su padre en la corte del emperador Cárlos V., que supo comprender y hacer el debido aprecio de las singulares prendas de Lope de Leon. Madrid era entonces la mezquina capital de una inmensa monarquía; pero habia allí cosas muy buenas: grandes hombres y grandes virtudes. Favorecido el niño Luis con abundantes bendiciones del cielo, iba depositando en su espíritu la santa doctrina que les oía á sus padres, y guardaba fielmente en su corazon los excelentes ejemplos de que era testigo. Memoria fácil y tenaz, juicio recto y delicado, ingenio vivo y fecundo, carácter dulce y simpático, como diríamos ahora, eran las dotes que mas descollaban y con cuyo auxilio, á poco mas de los trece años, poseía con perfeccion notable los primeros elementos de las ciencias: lo que estaba empero mas arrai-

gado en su alma y prometia ya ópimos frutos, era el santo temor de Dios, puerta y camino para la verdadera sabiduría.

II.

A nadie parecerá extraño, que un buen padre que deseaba para su hijo la mayor cultura y todo el bien posible, quisiera colocarle cuanto antes en la Universidad de Salamanca, al abrigo y bajo los cuidados de esta madre del saber y de la virtud tambien. Ignoro, señores, lo que está pasando adentro en vuestro pecho: de mí puedo y debo decir, que no una vez sola se han humedecido mis ojos al contemplar desde la atalaya de una isla, que parece un jardin flotante en las aguas del Mediterráneo, lo que fué y lo que es ahora la Universidad de Salamanca; lo que fué y lo que es ahora nuestra España. ¡Ay Dios mio! ¡Y de nuestros males y desventuras, de nuestra miseria y desnudez acusamos á los extraños, á nuestros enemigos, y aun á la fatalidad de los tiempos: á la manera que nuestros primeros padres quisieron echar toda la culpa á la serpiente, al ser desterrados del delicioso Edén! En la época que vamos recordando y que fué realmente el siglo de oro para la Península Ibérica, con mayor razon que el siglo de David para el pueblo de Israel, que el de Pericles para la Grecia, que el de Augusto con respecto á Roma, y que otro ninguno para cualquiera otra nacion: en aquella época los hijos de nuestra pátria supieron hermanar y estrechar con lazo amigo los sentimientos del honor, nobleza y dignidad, con los de la fé y humildad cristiana. Animosos y dispuestos á emprenderlo

todo; pero fundando siempre sus esperanzas en la divina Misericordia. Poder, sabiduría, opulencia, fama y buen nombre, todo se lo concedió el cielo á nuestros antepasados en recompensa de sus virtudes. Mostróse la España grande é invencible en la guerra; pero mucho mas grande y mas hábil en la ciencia de la paz. Entre otras, podemos señalar aun hoy dia esta prueba: ninguna otra nacion ha sabido colonizar los paises conquistados con igual felicidad, esplendor y magnificencia.

III.

Sé muy bien, Señores, que un siglo tan glorioso no se improvisa; y así es que buscamos como por instinto en una época anterior el germen de nuestra prosperidad y grandeza, y vemos que fácilmente se le encuentra al leer con atencion la historia de nuestra patria. Desde tiempos atrás se advierte un progreso muy rápido en el amor á la religion, en el celo por la gloria de Dios, y en un vivo deseo y ánsia de saber, que alcanza á todas las clases de la sociedad. En una palabra, los españoles buscaban la verdadera luz y esta les salió al encuentro. Con un acierto que luego demostró la esperiencia, escogieron esta antigua y nobilísima Ciudad para que fuese el centro de la ilustracion española; estableciendo aquí una escuela universal de todas las ciencias, que á poco se hizo tan célebre, ó aun mas que las escuelas de Paris, Oxford y Bolonia. Declaráronse los Sumos Pontífices sus especiales protectores, dispensándola tales atenciones, gracias y privilegios, que mostraron el alto aprecio que les merecia esta corporacion de sábios: los príncipes y soberanos les proponian sus dudas, y antes

de oír su dictámen no se resolvían á pronunciar una sentencia ó formular una ley. La situacion misma de esta Ciudad, el carácter de sus moradores, lo ameno de sus contornos, ese no sé qué, que se siente en esos valles que el Tórmes fecunda y acaricia; todo contribuía á la paz del espíritu y al desarrollo de los ingenios en tiempos mas bonancibles. Pues bien: en esta misma Ciudad hubo un convento de frailes de S. Agustin, cuyo sitio tiene ya olvidado la juventud de ahora, y en él se crió y pasó la mayor parte de su vida el venerable padre Fr. Luis de Leon. Este convento, dice un escritor extranjero, pero eminente fué una hermosa miniatura de la Universidad, cuyo aire respiraba, puesto que tan inmediata la tenia. Los Religiosos, dignos hijos del gran Padre, amaban como él la sabiduría, y no menos cultivaban la virtud, que siempre ha de ser su compañera; y estas máximas de origen celestial produjeron una pléyade de santos y sábios, que son todavia el asombro de la Europa. Aquí envió el Señor á nuestro milagroso patrono Juan de Sahagun, aquí ensayó su celo Alfonso de Orozco, y aquí tuvieron su morada centenares de varones insignes, poderosos en obras y palabras, héroes de la ciencia y de la gracia, que dejaron embalsamada esta tierra con el aroma de sus virtudes. Acudian entonces á Salamanca muchos jóvenes, y tambien literatos de nombradía de todos los puntos de la Península, y aun de Francia, Italia y Alemania; y al contemplar á vuestros hombres, vuestras escuelas y vuestros monumentos esclamaban con igual entusiasmo al de aquella Reina en la corte de Salomon: ¡Oh, lo que ven nuestros ojos escede en mucho á cuanto se nos habia ponderado!

IV.

Y cabalmente cuando la Universidad de Salamanca y sus Colegios, y sus Conventos de religiosos, en especial de Agustinos y Dominicos, se hallaban en el apogeo de su prosperidad, vino entonces un muchacho que se llamaba Luis de Leon. La Providencia lo condujo aquí, para añadir un nuevo timbre á tantas glorias, y un título mas de honor á la España y en particular á la Ciudad de las letras. Téngase presente, que en aquella época se dignaba el Señor llamar con frecuencia al servicio de su Iglesia un número muy crecido de jóvenes de las familias mas ilustres y á quienes ofrecia el mundo un porvenir muy halagüeño. Se ha dicho con harta ligereza y con poca verdad, que muchos abrazarian el estado eclesiástico atraidos por el cebo de las riquezas, honores y dignidades á que se podia aspirar entrando por la puerta del santuario. Pero yo digo en alta voz, que cuando así se discurre, ó se quiere engañar á los ignorantes, ó no se ha leído ó se ha leído mal la historia. Concretándonos al siglo xvi, los talentos mas privilegiados, es decir, los mayores hombres que tuvimos, nos dieron pruebas evidentes de haber sido llamados por Dios á ofrecerse victimas por la felicidad de sus hermanos. El retiro del claustro, la enseñanza pública, el penoso ministerio del apostolado en toda su estension, el desprecio de todo lo que huele á mundo, el amor á la pobreza, al trabajo y al verdadero progreso en el esclarecimiento de la verdad; he aquí la ambicion de tantos buenos ciudadanos é hijos fieles del Evangelio. A Fr. Luis de Leon le habia asegurado su padre una

pension considerable con que pudiera pasar la vida con alguna comodidad y holganza; y sin embargo, prefirió el retiro de un claustro y la severa disciplina monástica, con el único objeto de consagrarse á Dios, enaltecer la religion de Jesucristo y atraer sobre la patria las bendiciones del cielo, para verla próspera y gloriosa.

V.

Era casi indispensable apuntar estos hechos, para que al contemplar el retrato del venerable padre Fray Luis de Leon, contemplásemos simultáneamente, aunque en reducido espacio, una pintura de su siglo. Este humilde religioso, apenas ha saludado en la primavera de su juventud el estudio de la teología, cuando abarca ya en la vasta capacidad de su inteligencia ilustrada por la gracia, todo el sistema de la ciencia sagrada y sus estrechas relaciones con toda suerte de conocimientos humanos. Observa en sí mismo ese deseo innato de poseer la verdad y entrar en el santuario de la sabiduría; y observa, que para conseguirlo, fueron siempre vanos é inútiles los esfuerzos del hombre, mientras no quiso reconocer otro magisterio que su propia razon ó juicio. Fácilmente se convence de que la verdadera luz nos ha de venir de arriba, á donde nos llaman nuestro destino y nuestra inclinacion irresistible. En resúmen: está convencido de la necesidad absoluta de la divina revelacion, lo que demuestra con evidencia en uno de sus escritos imperecederos. Muy jóven todavia, contempla con dolor el origen, los progresos y las consecuencias del orgullo y demas pasiones disfra-

zadas en traje de Reforma. Observa que los nuevos secretarios se afanan por vestir de gala sus errores con retumbante y pomposa palabrería; y porque le hablan al vulgo ignorante, no solo en latin, sí tambien en griego y en hebreo, se proclaman á sí mismos mas sábios que los Doctores del Catolicismo. El padre Luis se propone arrebatarle á la heregía sus propias armas, hasta precizarla á confesar, que la Iglesia Católica y en particular la de España, posee mayor caudal de elocuencia, erudicion y sabiduría, como igualmente de fé, sinceridad y virtud.

VI.

A los diez y nueve años de su edad habia concebido este designio, y tenia hechos los preparativos para realizarlo. Habia leído con suma atencion las Santas Escrituras, y algunas obras las mas luminosas de los Santos Padres. Y al ver que una muchedumbre de sábios de tiempos y caractéres tan diversos, concurren con maravilloso concierto á un mismo fin, enseñan y profesan una misma doctrina; nuestro profundo pensador se convence de que todo lo acaecido, desde el principio de los tiempos, no ha sido sino una preparacion del reino de Jesucristo. Comprende, que el grande acontecimiento de los siglos es la venida del Hijo de Dios, hecho hombre para rehabilitar al género humano; pero principalmente para tributar á la infinita Magestad en nombre de todas las criaturas los debidos homenajes de adoracion pura y perfecta. No por asegurarse á sí mismo, sino para enseñar á los demas, estudia los idiomas en que se escribieron los libros

inspirados; y con una facilidad y presteza que no puede atribuirse sino á un don del cielo, adquiere la justa nombradía de uno de los orientalistas de su época, y al mismo tiempo habla y escribe en el idioma del Lacio con suma elegancia, propiedad y fluidez. Los varones mas eminentes y eruditos, por ejemplo Arias Montano, le proponen en forma de consulta cuestiones las mas dificiles y delicadas; y al dar Fr. Luis sus respuestas, no puede dejar de traslucirse aquella fina humildad, que no le faltó jamás en todo el curso de su vida.

VII.

Habia leído antes que terminase el periodo de su juventud, lo mejor y mas selecto de los mas célebres filósofos, poetas y oradores de la antigüedad pagana; porque decia con el Padre S. Agustin, que todo lo bueno y bello que puede hallarse en los sábios del gentilismo, es el fruto de ciertas gracias que les concedió el Señor, y de que nosotros los fieles podemos muy bien aprovecharnos. Pero no son solamente los libros el único medio de que se vale para atesorar el caudal de conocimientos que nos asombran. No una, sino muchas veces al dia, humilde y reverente abre su corazon en la presencia de Dios, dispuesto á recibir el rocío celestial de la gracia. Jesucristo es su Maestro: por eso en todas las obras que nos quedan de este grande hombre, el Dios Salvador, ó bien aparece como objeto único de sus afanes y estudios, ó bien se le vislumbra al traves de graciosos celajes. Aun cuando discurre sobre el maravilloso espectáculo del Universo, los abismos del espacio, el firmamento y las estrellas, el sol con sus pla-



netas, nuestro globo con su desigual y variada superficie, las colinas y los valles, el cantar de las aves, el murmullo de las fuentes, las flores con sus matices y perfumes; todo lo que alcanzan los sentidos ó se ofrece á la consideracion de nuestro espíritu; estas y las demas obras del Omnipotente Hacedor tienen su complemento en Jesucristo, por él existen y solo por él y con él pueden dar gloria al infinito Soberano. Por eso, el amor á Dios, el deseo de glorificar á Dios y de facilitarnos el conocimiento de Dios, concentra todas las aspiraciones de esta alma bendita.

VIII.

De los hechos de toda su vida se desprende, con cuanto ardor se habia propuesto dilatar el imperio de la verdadera religion y asegurar la fé de los pueblos contra las sorpresas del error. «Los hijos de la Iglesia, decia Fray Luis, son hijos de la luz: la religion y la ciencia son dos hermanas, que lejos de mirarse con recelo y desconfianza, al contrario mutuamente se apoyan y esclarecen. Los infelices que se apartan de la verdad no querrán discutir con nosotros, sino nos contemplan prevenidos con las armas leales de la ciencia y virtud.» Hé aquí porque, á pesar de su aficion al retiro de su pobre celda, á la primera insinuacion de sus preladados consiente gustoso en emprender la carrera de la pública enseñanza. Habia hecho ya el ensayo entre las paredes del monasterio con algunos jóvenes religiosos, con tan feliz suceso, que muy presto le amaron los discípulos como á su padre, amándalos él muchísimo mas cual si fueran hijos de su corazon. Esto mismo le

confirma en el pensamiento de que el cielo le llamaba para dirigir y acompañar á la juventud por el camino de la sabiduría. En el desempeño de su ministerio público se nos hará mas patente el fin que se proponia; pero verémos tambien que le cupo suerte igual á la de tantos hombres sabios, justos y buenos que hubo en todas las edades.

IX.

En los ejercicios literarios que tuvo que desempeñar para el grado de doctor en Teología, dejó extáticos á todos los maestros y doctores; aunque tan acostumbrados á oír cosas escelentes en todo género de literatura, y dice un autor contemporáneo, que no se tenia memoria de un aplauso tan espontáneo y universal por todo el auditorio. El doctorado era entonces cosa muy distinta de lo que es ahora: además de ser un título de nobleza, conferia al agraciado muchas prerogativas, derechos y honores, utilidades bastante considerables respecto de aquellos tiempos: y el derecho tambien de aspirar á una Cátedra, en un pais y en un siglo en que no faltaba mucho para que este fuera el supremo grado del honor. Mandáronle en efecto sus superiores que se presentase á concurso en la primera vacante; y cual fuese la importancia que se dió entonces á aquellos debates literarios, nos lo demuestra el cuidado con que nos ha conservado la historia, hasta los detalles y circunstancias mas minuciosas. Baste recordar que en competencia de lo mas escogido de esta Ciudad, viéronse precisados los Jueces á declararse en su favor y reconocerle el mas digno.

X.

Desde este punto concreta todos sus esfuerzos y toda la actividad de su talento original, á realizar el bellissimo plan que tenia concebido. La ciencia de la religion es en su sentir, la única que merece en rigor este nombre. El objeto y fin de la religion es Jesucristo, en quien se contienen todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Si contemplamos las criaturas, ya en su conjunto como que todas ellas componen este vasto Universo, ya repartidas en clases ó grupos para facilitarnos el estudio de su estructura, de sus propiedades y relaciones: si examinamos los fenómenos que resultan de sus movimientos varios: todo este caudal de conocimientos, aunque logre abarcarlo nuestro pobre entendimiento, no podrá merecer con propiedad el nombre de ciencia, mientras se ignoren los motivos y el fin á que todo se encamina. Si se prescinde de Jesucristo, apenas hay nada inteligible en la naturaleza: quitad á un Dios Salvador, y el hombre vendrá á ser un misterio de todo punto incomprensible. Parece que adivinó tres siglos antes el funesto resultado de haber querido aislar el estudio de la religion y divorciarla de las ciencias que llaman profanas. No era solo el Protestantismo lo que le asustaba á este sábio, sino mucho mas el racionalismo, que es su consecuencia forzosa. Hé aquí el motivo, porque en la cátedra y en conferencias privadas á sus alumnos escogidos, les repetía muy á menudo: que en el estudio y práctica de la religion se halla la sabiduría; pero que los hombres destinados á dirigir la sociedad, deben estudiar ademas

todo lo que ha hecho el Señor, porque todo nos conduce á conocerle mejor y adorarle. Si no permite nuestra pequeñez abarcar toda la esfera del saber, el teólogo debe al menos hacer lo posible, para poseer la clave y los primeros teoremas que franquean la entrada en cada una de las ciencias.

XI.

Esto les aconseja á sus amados discípulos; y su palabra, clara, sencilla, natural y bella en la forma, producía una impresion muy viva y dejaba un sello que no era fácil borrar. ¿Cuántas veces tuvo que moderar el entusiasmo de aquellos jóvenes, cuando prorumpían en exclamaciones y aplausos para manifestar su admiracion y reconocimiento? Y sin embargo, era imposible contener aquellas chispas que salían de corazones agradecidos. Muy pronto consiguió inculcarles la utilidad de todos los estudios sérios, lícitos y nobles y la necesidad de dirigirlos á un punto mas elevado, cual es la ciencia de la religion. Demostrábales que es imposible que pueda haber enemistad entre la ciencia y la verdad revelada, supuesto que la razon y la revelacion nacieron de un mismo principio, y deben ir juntas á un mismo fin. ¿Con qué colores tan vivos sabia pintar el venerable Maestro, los funestos resultados del poco saber en cualquier época y en cualquiera nacion? ¿qué profunda tristeza se apoderaba de su alma, cada vez que se representaba la imágen de una sociedad dirigida por semisabios, por esa clase de hombres que alaban mucho la luz sin conocerla?

XII.

Para acostumbrar la juventud al buen gusto, rara vez en las esplicaciones diarias les hablaba de improviso; sino que escribía sus apuntes, y tambien los sujetaba con frecuencia al exámen y criterio de otros sábios antes de pronunciarlos en la cátedra, resultando de aquí un sin número de opúsculos ó disertaciones, que sin duda fueran de gran precio si se hubieran conservado. La justa nombradía que le conquistaba su noble franqueza, su humildad cautivadora, el afecto que profesaba á todos los hombres de bien y verdaderamente ilustrados, le merecieron aquella estimacion y respeto que voló mas allá de los confines de España. En todos los negocios importantes de la Universidad, en las juntas generales de doctores y catedráticos, era casi siempre el árbitro y juez en las decisiones. Los superiores del órden agustiniano, tan floreciente entonces, tan rico en santidad y sabiduría, tuvieron tal concepto del padre Luis, y en especial de su celo por la salvacion de las almas, que entre otras muestras de aprecio, depositaron en él toda su confianza, encargándole que escribiese los estatutos para los religiosos que aspiraban á una vida mas perfecta. Los prelados mas ilustres de esta grande nacion, lo mismo que los seglares mas eminentes en letras y virtud, buscaban con afan sus escritos y los guardaban como tesoro inestimable: muchos desearon conocerle y gozar su compañía, para de algun modo darle testimonio de la veneracion que le tenian. El mismo Felipe II, si, el severo Felipe le llamó á su corte, le nombró teólogo consultor

de Castilla y hubiera querido tenerle siempre á su lado. En Madrid escribió un opúsculo para emitir su dictamen sobre los tratados de comercio y los arrendamientos de las minas, del que se hizo el mayor aprecio. El mismo Soberano tuvo que rendir homenaje á su entereza y amor á la justicia, cuando en otro escrito no le faltó valor para reprobear y condenar como ilícitas ciertas disposiciones mandadas observar por real órden.

XIII.

Pero nuestro héroe, á quien hacia temblar el peligro de error acerca de los dogmas de nuestra fé, como igualmente el peligro de ofender á Dios y faltar á la pureza de la religion, se muestra intrépido siempre que llega el caso de defender la inocencia, la verdad y la justicia. La España y la iglesia toda le estarán siempre reconocidas por su comportamiento en favor de la incomparable Teresa de Jesus. El venerable Luis fué el hombre destinado por la Providencia para darnos á conocer en tiempo oportuno el mérito y valor de los escritos de Teresa, como tambien la sublime santidad de esta alma privilegiada, con la que tenia muchos puntos de semejanza. Fueron en efecto dos almas muy favorecidas de Dios, dos corazones de carácter y temple extraordinarios: caminaban entrambos paralelos hácia un mismo punto, y contra los dos levantó una gran tempestad la envidia de los hombres y la malicia del infierno. Pero los envidiosos y los ignorantes enmudecieron, al saber que el padre Luis de Leon iba á emprender la apología de la Seráfica Doctora. Aun hoy dia se lee con vivo interés el discurso preliminar que

debía servir de introducción á la grande obra sobre los hechos y virtudes de la insigne Heroína.

XIV.

Acabo de indicar, Señores, que el maestro Leon se vió perseguido, y que el espíritu maligno de emulación y envidia asestó sus tiros contra el sábio y el inocente. Esto á nosotros no nos sorprende. ¿Acaso fueron exentos de persecucion los verdaderos sábios de otros siglos y otras naciones? Por otra parte, es preciso traer á la memoria el estado de agitacion en que se hallaba una gran parte de Europa, y no olvidar que nuestro influjo entonces preponderante en los destinos del mundo, no permitía que contemplásemos con fria indiferencia tremendos acontecimientos, cuya violenta sacudida podia alcanzar hasta nuestros hogares. Además, la memoria de nuestras antiguas desgracias tenia en alarma á todos los buenos españoles: el renombre de católicos que se habia concedido á nuestros monarcas, era reputado por cada ciudadano como un apellido personal; y de aquí, el parecer unánime de que debía impedirse á todo trance que las nuevas heregias atravesasen nuestras fronteras. Mirábase, pues, con recelo, cualquiera doctrina ó método de enseñanza que poco ó mucho se desviase de las sendas trilladas y bien conocidas. El venerable Luis era de parecer, que el mejor preservativo contra el error es la abundancia de luz: deseando que los católicos se colocasen, no al nivel de los orgullosos Reformadores, sino en puesto mucho mas elevado, desde donde pudieran hacerse respetar y tener segura la victoria. Los talentos privilegiados compren-

dieron y aplaudieron tambien la elevacion de miras y el acierto de nuestro héroe: no faltaron, empero, ingenios malévolos y corazones mezquinos. ¡Oh! ¡quién podrá esplicar los designios de la sábia Providencia! Es lo cierto. que la ignorancia y la envidia con capa hipócrita de celo por la verdad, persiguieron al justo, y que la bondad de Dios se valió de este medio para acrisolarle y poner en evidencia las raras prendas de esta alma noble y pura. Él mismo nos dice con aquella ingenuidad y candor que siempre fué su carácter: «que mientras los hombres le creian triste y acongojado, eran tan dulces los consuelos y la paz que gozaba, que la echaba menos en los dias de su mayor prosperidad, cuando el mundo todo se esmeraba en ensalzar sus virtudes y su nombre.» Salamanca recuerda todavia lo que sucedió en aquel dia memorable, en que todos sus doctores y alumnos acudieron ansiosos de oir la elocuente palabra del venerable Luis de Leon, despues de mas de cinco años de interregno. Si todos los moradores de esta Ciudad pudieran caber en el gran patio de las Escuelas mayores, tal vez no hubiera faltado ni uno solo. La gente cubria el suelo, dice con acertada frase un escritor, y todos esperaban con impaciencia lo que saldria de los lábios del suspirado maestro. Pero ¿cuál fué su sorpresa, cuando con semblante sereno y apacible le ven dirigirse á sus queridos discípulos con estas palabras: «Decíamos ayer» refiriéndose á la última leccion que esplicára en su cátedra? Oh! su corazon no estuvo ausente de ellos ni un solo dia! Raros ejemplos nos ofrece la historia de haber sabido vestirse la caridad en traje tan modesto para no ser conocida, ni dar lugar ni tiempo á los aplausos de los hombres.

XV.

Y en esto no hacia mas que obedecer á su corazon, en el cual, como estaba lleno de amor, no cabia la venganza ni el despecho. Así tampoco tuvo que hacerse la menor violencia para dispensar poco despues un favor muy señalado al que habia sido su mayor enemigo, dejando edificados y asombrados á todos los asistentes. ¡Qué lengua pudiera espresar el bálsamo que la gracia del Señor derramaba sobre su alma en lo mas recio de la tempestad! ¡Qué conviccion tan evidente, y qué rayo de esperanza le hacia repetir esta noble sentencia: cuándo seré despojado de este cuerpo mortal, tambien seré presentado ante el trono del Cordero, y contado en el número de aquellos que habrán sufrido persecucion por la justicia! Y si deseáramos otra prueba decisiva de los favores que recibia de Dios, bastaria leer la obra inmortal de los Nombres de Cristo, verdadero retrato del mismo pintor que nos la dió: y aquella cancion á Nuestra Señora, escrita tambien en el lóbrego y forzoso retiro. Imposible nos parece que pudiera haber tanta luz en lugar tan oscuro, y tanta calma en medio de tan desecha borrasca. ¡Qué resplandor celestial alumbraba aquella mansion sepulcral! ¡Qué perfume respira el justo, donde quiera que esté, llevado en brazos de tan dulce Madre!

XVI.

No puedo resistir, Señores, á la tentacion de indicar, aunque no sean sino algunos de los escritos del insigne

alumno de la religion agustiniana; no por complacerme á mí mismo, ni tampoco por despertar recuerdos que desgarran el corazon; sino porque me persuado, que al menos la gran mayoría de los que se dignan escuchar mi voz, desean renovar la memoria de hechos y virtudes, que honran en gran manera no menos á toda España, que en particular á uno de sus hijos. Apenas vió la pública luz la traduccion y exposicion de los Cantares, los sábios de Europa la saludaron con entusiasmo: multiplicáronse las ediciones aquí y en el extranjero, y en todas partes mereció el dictado de obra maestra de hermenéutica sagrada y elocuencia cristiana. Su trabajo sobre el libro de Job, el precioso opúsculo sobre el último capítulo de los Proverbios, y sus esplicaciones sobre algunos Salmos y otros libros de los Profetas, patentizaron su vasta erudicion, su exacto conocimiento de la antigüedad sagrada y profana en las lenguas sábias de Oriente, en la historia y en la filosofía; y añadiendo á todo esto el estudio profundo de los Santos Padres, podrémos asegurar que fué tal vez el teólogo y escriturario mas cumplido de su siglo. Aficionadísimo á la lengua latina, escribió en ella gran número de disertaciones y opúsculos, siendo uno de los mas notables aquel en que trata de fijar el dia de la celebracion de la Pascua segun la ley de Moisés. Deseaba muy mucho que se conservara y cultivase con esmero este idioma, entre otras razones, por ser mas universalmente usado en la Iglesia Católica. No obstante, decidióse á perfeccionar y enriquecer la lengua española con una constancia y valor inquebrantables.

XVII.

Verdad es que antes del maestro Leon , la lengua de Castilla, si se exceptúa la de Italia, era la mas estendida y mejor cultivada de todas las de Europa. Resentíase sin embargo de cierto encogimiento, porque apenas se le permitia entrar en el santuario de las ciencias y tener trato familiar con los estudios nobles. La necesidad de escribir en latin durante la prolongada infancia de los modernos idiomas habia adquirido fuerza de ley, y se tenian que vencer grandes dificultades para dejar de observarla. Así es, que aun los amigos de nuestro venerable Maestro mostraron cierta estrañeza al leer en castellano su primer comentario sobre uno de los libros sagrados. Pero dieron con un hombre que á la sencillez de la paloma, juntaba la prudencia de la serpiente y el valor de un héroe. Con mirada previsorá supo adivinar que las naciones europeas querrian cultivar con empeño sus respectivos idiomas, hasta conseguir la mayor perfeccion posible; y se propuso adelantarse á todas, enriqueciendo la lengua de su patria, hermosando sus formas y colorido, y vistiéndola de majestad y armonía. Desde muy jóven hervia en su imaginacion este noble pensamiento. España habia de ser la primera de las naciones, la mas fiel á Jesucristo, la mas celosa por la pureza del Catholicismo, la mas ejemplar en las costumbres de sus hijos, la mas sábia, la mas industriosa, la mas rica: los españoles los mas amables y felices de los hombres; y hasta su lengua la mas á propósito para hablar con los Angeles y con el mismo Dios. Dominado constan-

temente por esta idea, cuando le era indispensable un breve descanso de sus fatigosas tareas, entonces, tal vez sin pensar en el don precioso que el cielo le concedía, iba escribiendo, ó digamos, se le caían de la pluma algunas bellísimas poesías, que ni siquiera cuidaba de recoger, supuesto que ningun trabajo le costaban. A la manera que espontáneamente cantan las aves y exhalan su aroma las flores y despiden su luz las estrellas, así, dice con mucha gracia un célebre escritor, el padre Luis de Leon dejaba exhalar aquellas hermosas canciones del fondo de su espíritu, sin casi apercibirse de ello, como que no era sino el instrumento de una inspiracion celestial.

XVIII.

Luego habrán trascurrido ya tres siglos, y todos los hombres de ingénio y gusto delicado admiran todavia en estas composiciones las gracias, los encantos y la frescura de la juventud; y tambien admiran la dulce melodía que percibe el oido, cual si fuese una pieza de música del mas acreditado maestro. La posteridad ha venido á confirmar el fallo que pronunciaron tiempos atrás los jueces mas competentes en la materia; y vemos hoy dia, que la mayor parte de sus escritos en prosa y verso, son la admiracion de la sábia Alemania, lo mismo que de la España contemporánea. Tal era en efecto el temple de esta alma, y hasta tal punto habia perfeccionado el gusto para todo lo armonioso y bello, que apenas lo divisaba corria á su encuentro, poseyendo ademas la rara habilidad de apropiárselo sin ofender á su dueño, y adornarlo con

nuevas y originales galas. Algunas traducciones de los Salmos y de los mejores poetas de Grecia y Roma dejaron extasiados á muchos hombres eminentes; robándoles toda esperanza de poder igualarle y obligándoles á exclamar: que el mismo David le daría al maestro Leon un abrazo, por haber traducido con tanta gracia sus canciones inmortales; y el príncipe de los líricos latinos confesaria que sus odas son mas hermosas con el traje de Castilla. Dotado de esta habilidad nuestro sábio y siempre humilde religioso, fué el primero que acertó á sacudir el yugo de la servil imitacion de los clásicos antiguos, trazando nuevos caminos y nuevos rumbos á nuestra poesía; remontándose á veces hasta una magnificencia que arrebatá y encanta; aunque siempre con una claridad y limpieza que agrada y deleita. Así consiguió fijar el idioma patrio y tambien el carácter de nuestros mas célebres escritores y artistas que han merecido los elogios del mundo ilustrado.

XIX.

Muy bien hemos podido observar que todas sus miras y afanes se encaminaban á un objeto, el mas útil y mas á propósito para el bien y felicidad de la España, y aun del género humano. Enseñaba y escribia para poner de relieve la verdad que defendió constantemente, con valor sereno é incontrastable, aun con peligro de su vida y fama. Sabiendo que las malas pasiones son las que producen y determinan los extravíos de la razon; no tanto se esmera en sujetar y avasallar los entendimientos con las armas de una lógica luminosa é irresistible, como en pintarnos las costum-

bres de la Iglesia católica y la fé y los misterios de la religion con atractivos capaces de enamorar á todo hombre de recto corazon. Todos los recursos de su ingénio soberanamente fecundo y de su caridad industriosa, se encaminan á este fin. «Ojalá pudiera desterrar los cantares obscenos y profanos que hacen enfermar las almas, y sustituirlos con canciones de pura y limpia belleza.» Por eso, en aquella especie de idilios que en los ratos de solaz le inspiraba el divino amor, reina casi siempre aquella mágica ternura y dulce melancolía, que los hace tan difíciles de ser imitados, y mas difíciles aun de ser espresados en otros idiomas.

XX.

Mucho me temo, Señores, que este discurso os sea muy molesto, no digo por su estension, sino por su estilo y su notable desaliño. Sin embargo, no puedo menos de indicar muy brevemente que si las vidas de muchos sábios y siervos de mi Dios, despiertan en nosotros un sentimiento de tristeza al contemplar las sensaciones y pruebas y rudos combates con que fué acrisolada su virtud, tambien la infinita Bondad nos consuela y alienta, mostrándonos las gracias con que les favorece y el gozo eterno que les tiene prometido. Bástale al justo el agrado del Señor y la promesa de gozarle. Pero nuestro amante Dios suele darle tambien por añadidura aun en esta vida, aquello mismo porque tanto suspiran y no pueden conseguir los mundanos. No olvidemos como termina su carrera el venerable padre maestro Fr. Luis de Leon. Querido de los suyos y de los estraños, respetado y honrado de los que un

tiempo fueran sus enemigos y sus émulos, y cuyos corazones duros habia sabido ablandar con favores y caricias; amado de todos los buenos, conoce que el Soberano Juez está ya á punto de llamarle á su presencia. Millares de veces durante su vida, se habia ofrecido víctima al Eterno Padre en union con Jesucristo, y millares de veces se habia pintado á sí mismo al Dios Salvador con todas aquellas imágenes graciosas en que lo ofrecia á la consideracion de los fieles, para que se gozasen en él y lo amasen mucho: millares de veces habia subido en alas de la fé y la esperanza á la incorruptible Ciudad en donde reina el glorioso Emmanuel, y donde cada uno de sus amigos ciñe corona inmortal. Llega por fin el instante en que las esperanzas se truecan en una feliz realidad: quedan tan solo en la tierra su memoria, sus escritos y los restos de su cuerpo mortal; mientras el alma feliz y gloriosa, segun nos hace creer nuestra piedad, vuela al cielo de donde habia salido, acompañada de las oraciones de muchos de sus hermanos que la encomiendan al Eterno Remunerador. Nosotros tambien, herederos de la fé de aquellos religiosos, acabamos de ofrecer al Eterno Padre sobre nuestros altares el sacrosanto sacrificio de su divino Hijo, implorando humildes su misericordia en favor del alma de nuestro esclarecido patricio, por si espera todavia gracia é indulgencia. Rogando al mismo tiempo al Dios infinitamente bueno, se digne conservarnos á todos en su amor, y derramar sus bendiciones sobre nuestra querida España, para que sea católica, próspera, gloriosa y feliz hasta el fin de los siglos.

FIN.



87.34